

LOS CANEIROS

Cuando allá de muchacho oía hablar de Betanzos, inmediatamente acudía a mi mente un nombre que para mí iba asociado a la histórica ciudad: Los Caneiros. Del burgo y del paraje tenía una idea—a través de aquellas referencias—, que estimaba un tanto fabulosa. Pero cuando allá fui, pasado algún tiempo, no sufrí desencanto alguno; es más, la realidad me hizo ver que mi imaginación se había quedado corta.

De esta visita, como de otras que hice a diversos puntos del país en temprana edad, guardo un recuerdo amable. Está tan vivo como al siguiente día de haberla realizado. Entonces, las impresiones quedaban grabadas en el cerebro como si éste fuese de cera, y así me es fácil describirla.

Un día dieciocho de agosto llegué a Betanzos. Me acompañaba un amigo, coruñés, que conocía la ciudad maravillosamente y que ya había ido varias veces a Los Caneiros. Era un admirador apasionado de Betanzos y de sus cercanías encantadoras, cosas de las que me habló entusiasmado en el tren. Muchas veces atribuyo este afecto mío por Betanzos al buen amigo, muerto ya hace algunos años.

Una parte de la mañana la empleamos en recorrer el pueblo. Nada quedó de interesante, de lo mucho que guarda, que no lo hubiese visto y hasta gustado. Cuando llegamos a lo alto, vimos el río que corre bordeando la extensa huerta del contorno. Me pareció que en su callada corriente había una gran poesía y una infinita ternura. Después lo aprecié más de cerca cuando, embarcado, fui al campo de Los Caneiros, en donde se celebra el famoso romaxe.

Allá fuimos, pues. Con docenas de lanchas atrás y delante de nosotros, nuestra embarcación deslizábase plácidamente. El río, que espeja en sus aguas las frondosas riberas manchadas de ricos viñedos, llevaba consigo también las risas frescas de las muchachas que nos acompañaban, y el picaresco sonido de los molinos lejanos, y bajo su profundidad trasparente advertíanse los seixos.

Todo cuanto se diga de este pedazo de río enmarcado en dos riberas espléndidas es poco. Algunas descripciones que he leído debidas a plumas insignes, no me han satisfecho. Como no creo, pobre de mí, que satisfaga a nadie ésta. Tal es de soberbio todo.

Mi amigo me hacía observar aquello en un tono inspirado entre dulce y campesino, y aun me señaló los pámpanos dorados de algunas viñas próximas, agobiadas por un sol espléndido.

Llegamos al fin al campo. La concurrencia era enorme y privaba entre ella el vistoso y rico traje mariñán, hoy casi desaparecido. Los sotos, a los que llegaban débilmente los rayos del sol, lucían una tupida y fresca hierba. Allí se comió y se bailó hasta cansarse. La potencia estomacal del país estuvo allí representada. Gargantúa y Tragaldabas saldrían de allí corridos.

Cuando retornamos, ya puesto el sol, las embarcaciones adquirieron un tono fantástico. Los farolillos de colores que las adornaban, proyectaban sobre nosotros una luz roja, casi fantasmal. Improvisados coros entonaban muy agradables canciones y alguno que otro afinado solista alzaba su voz para cantarnos una bella balada del país.

Como en un sueño llegamos al punto de partida...

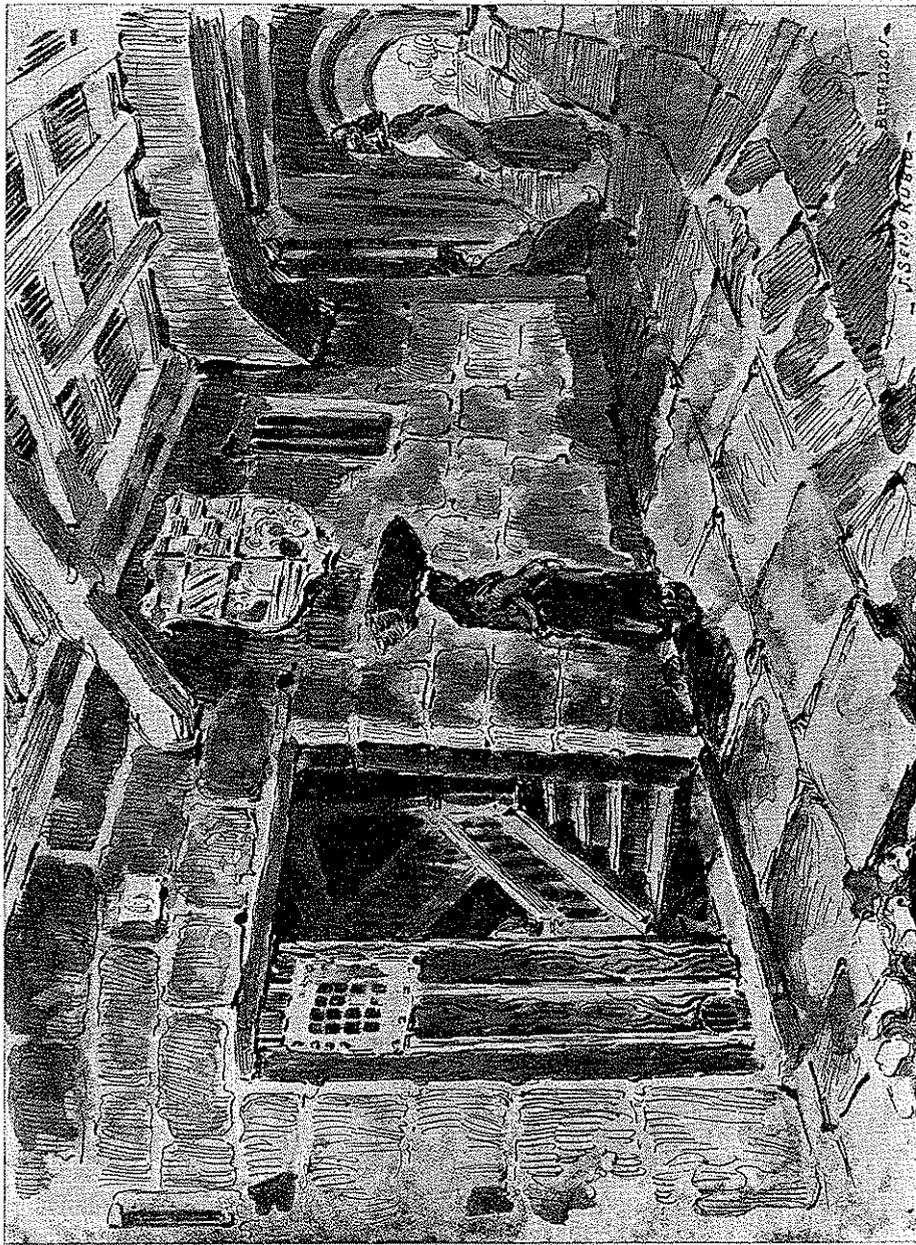
Y esto es todo lo que yo vi hace tiempo.

JULIAN NAYA

(De la Real Academia Gallega.)

La Coruña.

(Foto Artús.)



JOSÉ SEIJO RUBIO. — "Soportales de la Fuente de Unta". (Acuarela.)